

9

VIVIR COMO ADORADORES

Viernes, 17 de julio de 2020

Meditación de la mañana

Oración inicial

*En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.*

*Sin Ti, el sol es luz descolorida.
Sin Ti, la paz es un cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.
Sin Ti, la vida es muerte repetida.*

*Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada
y contigo la vida es sangre ardida.
Pues, si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.*

1. Petición al Señor

*Señor, concédeme experimentar hoy que los ídolos que
hay en mi vida no me satisfacen y que solo Tú eres mi
tesoro, que solo Tú eres digno de ser amado con todo
el corazón, toda al alma y todas fuerzas.*

2. Puntos para la meditación

Los seres humanos estamos abiertos a una dimensión que va más allá de nosotros mismos y con la cual establecemos una *religación* particular. Nos preguntamos por el *qué* de la realidad para averiguar si ese *qué* fuera tal vez un *quién* y ese *quién* tuviera algo que ver con nosotros y nosotros con él. Las conocidas palabras de san Agustín en sus *Confesiones* siguen siendo la mejor expresión de la apertura del ser humano a una realidad que lo trasciende: “*Quia [Tu, Domine] fecisti nos ad te, et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te*” (Porque Tú, Señor, nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no repose en ti)¹.

Esta atracción la experimentó Claret con fuerza en los últimos meses de su existencia terrena hasta el punto de escribir: “*Los miembros gustan de unirse a su cabeza, el hierro al imán, y yo a Jesús deseo unirme en el sacramento y en el cielo*”.

2.1. *¿Idolatría o nueva búsqueda espiritual?*

Se dice que en Occidente –particularmente en Europa– nos encontramos ante **la primera generación incrédula de la historia**². Esto es algo completamente nuevo y desafiante. No se trata ya del *deísmo* del siglo XVIII, del *ateísmo* del XIX o del *agnosticismo* del XX.

¹ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* I, 1, 1: PL 32, 661.

² Cf. MATTEO, A., *La prima generazione incredula. Il difficile rapporto tra i giovani e la fede*, Rubettino 2017.

Estamos ante un nuevo fenómeno que no modula la trascendencia humana como apertura al Misterio divino, sino solo como **desarrollo de las llamadas facultades superiores**³. La “espiritualidad sin religión”⁴ ocupa el espacio dejado por las religiones tradicionales⁵. **Esta realidad desafía el sentido de nuestra espiritualidad misionera.** ¿Debemos testimoniar y anunciar al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo o tenemos que limitarnos a tomar nota de los cambios culturales y limitarnos a ser una “minoría cognitiva”? ¿Cómo dialogar con estas nuevas “espiritualidades sin religión” y también con las grandes religiones tradicionales (sobre todo, en Asia) y con las espiritualidades de los pueblos originarios (América) o animistas (África)? Estamos llamados a ser “*místicos horizontales*” (E. Kinerk) o a practicar una “*mística de los ojos abiertos*” (J. B. Metz) que nos permita **reconocer la huella de Dios en la trama de nuestras experiencias humanas.**

³ Cf. TORRALBA, F., *La inteligencia espiritual*, Plataforma, Barcelona 2010.

⁴ Cf. NOGUÉS, R. (coord.), *La espiritualidad después de las religiones*, La Comarcal Edicions, Argentona 2007; CORBÍ, M., *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Herder, Barcelona 2007; COMTE-SPONVILLE, A., *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Paidós, Barcelona, 2007; SÁNCHEZ ORANTOS, A., “Para indagar sobre la posibilidad de una espiritualidad naturalizada”: *Diálogo Filosófico* 90/III, 2014, 374-402.

⁵ RADCLIFFE, T., *El borde del misterio. Tener fe en tiempos de incertidumbre*, Mensajero, Bilbao 2017.

Nuestro Fundador, cuando habla de los motivos que lo impulsan a misionar⁶, explica que no son los que suelen mover a los seres humanos en la vida: el dinero, el placer o el honor; o sea, los ídolos. Su verdadero fin como misionero *“es que Dios sea conocido, amado y servido de todos”* (Aut 202). Ha experimentado que Dios es para él *“suficientísimo”* (Aut 445); por eso, se siente impulsado a ayudar a los demás a vivir lo mismo. Porque somos conscientes de que Él es nuestro origen y nuestro fin, porque intuimos que sin Él conducimos una vida errática e infeliz, **le pedimos, en primer lugar, que nos ayude a conocerlo**. En una cultura que encuentra muchos problemas para conocer a Dios, el libro de la Sabiduría nos ofrece una clave que parece escrita para el momento actual: *“Lo encuentran los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían. Los razonamientos retorcidos alejan de Dios”* (Sab 1,2-3).

Tenemos dificultades para conocer a Dios y creer en Él, pero **nos sometemos dócil y acríticamente a muchos ídolos modernos, como la ciencia, la economía, la política o el deporte**. Pablo, escribiendo a los romanos, nos ayuda a no caer en esta tentación: *“Pues lo que se puede conocer de Dios lo tienen a la vista, ya que Dios se les ha manifestado. Desde la creación del mundo, su condición invisible, su poder y divinidad eternos, se hacen asequibles a la razón por las criaturas. Por lo cual no tienen excusa; pues, aunque conocieron a Dios, no le*

⁶ Cf. *Autobiografía*, nn. 200-213.

dieron gloria ni gracias, sino que se extraviaron con sus razonamientos, y su mente ignorante quedó a oscuras. Alardeaban de sabios, resultaron necios; cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, cuadrúpedos y reptiles” (Rm 1,19-23). **El conocimiento de Dios es inseparable del amor.** No conocemos a Dios como podemos conocer una galaxia muy alejada de nuestro sistema. Él es nuestro Padre; por eso, en la oración le pedimos que nos ayude a amarlo, a depositar toda nuestra confianza en Él porque estamos convencidos de que *“Dios es amor”* (1 4,8) y de que *“Él nos amó primero”* (1 Jn 4,19).

Si hemos sido hechos por Él y para Él, el sentido de nuestra vida es servirlo y alabarlo. Erramos el rumbo cuando nos dedicamos a servirnos a nosotros mismos o a buscar nuestra vanagloria. Y, sin embargo, caemos una y otra vez en esta tentación porque es el aire cultural que respiramos. Lo contrario nos parece de otro tiempo, algo lejano a nuestra manera moderna de entender la vida.

2.2. La llamada urgente a adorar a Dios

Es probable que la invitación que el papa Francisco nos dirigió a los Misioneros Claretianos a adorar a Dios en su encuentro con los capitulares el 11 de septiembre de 2015 fuera en esa misma dirección. Sus palabras han estado muy presentes a lo largo de este sexenio:

“Adorar, ese estar delante del único Dios, de aquello que es lo único que no tiene precio, que no

se negocia, que no se cambia... Todo lo que está fuera de Él es imitación de cartón, es ídolo. Adorar. En esta etapa hagan un esfuerzo por crecer en este modo de oración: la adoración. Adoren, adoren a Dios... Ese perder tiempo sin pedir, sin agradecer, incluso sin alabar, solamente adorar, con el alma postrada”.

Por eso, el XXV Capítulo General nos propuso un proceso de transformación para llegar a ser verdaderos “*adoradores de Dios en el Espíritu*” (MS 73-75). Más que pedirnos que intensificáramos la práctica de la adoración eucarística –que, por otra parte, está creciendo entre muchos jóvenes del mundo y también entre nosotros– **el Capítulo nos invita a cultivar nuestra experiencia de fe en Dios en un contexto idolátrico como el que hoy vivimos.** Los ídolos modernos (poder, sexo, dinero, patria, deporte, política, etc.) están succionando la energía que tendríamos que orientar a Dios. **La espiritualidad de la adoración nos ayuda a tomar conciencia de que Dios es nuestro verdadero tesoro.** Necesitamos cantar con el salmista: “*Yo digo al Señor: «Tú eres mi bien». / Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen. / Multiplican las estatuas de dioses extraños. / Nunca derramaré sus libaciones con mis manos, / ni tomaré sus nombres en mis labios. / El Señor es mi parte de la herencia y mi copa, / mi suerte está en tus manos. / Me ha tocado un lote delicioso; / me encanta mi heredad*” (Sal 16, 2-6).

La adoración constituye la forma más alternativa de vivir la espiritualidad misionera en las sociedades secularizadas. Es asimismo fuente de un profundo compromiso histórico. Adoración y liberación son las dos caras de la misma espiritualidad. En el caso de nuestro Fundador aparecen con nitidez. Cuanto más adoraba a Dios, con mayor intensidad se entregaba a su actividad apostólica. Y **cuanto más trabajaba con las personas, más necesidad sentía de estar en comunión con Dios.** En este sentido, no nos hace ningún bien sucumbir a planteamientos de tipo dilemático (acción o contemplación, persona o comunidad, etc.). Lo que necesitamos es una espiritualidad integradora que nos ayude a ser “adoradores de Dios en el Espíritu” en el encuentro con sus hijos e hijas.

Un misionero que trabajó durante muchos años en un país africano escribió estas palabras: *“Estamos llamados a responder a una necesidad fundamental de los hombres, a la necesidad profunda de Dios, a la sed de lo Absoluto, a enseñar el camino de Dios, a enseñar a rezar”. Por eso, en estas partes, los musulmanes hacen muchos prosélitos: enseñan inmediatamente y de manera sencilla, a adorar a Dios”.*

2.3. ¿Qué significa “adorar a Dios”?

A la provocación de la mujer samaritana: *“Nuestros antepasados adoraron a Dios en este monte; en cambio vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde debemos adorar a Dios”* (Jn 4,20), Jesús responde con

palabras que son como **la carta magna de la adoración cristiana**: *“Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para adorar al Padre no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. Ha llegado la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre quiere ser adorado así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”* (Jn 4, 21-24).

Fue el Nuevo Testamento el que elevó la palabra *adoración* a esta dignidad que no tenía antes. En el Antiguo Testamento, además de a Dios, el culto se dirige también en algunos casos a un *ángel* (cf. Num 22.31) o al *rey* (1 Sam 24,9); por el contrario, en el Nuevo Testamento cada vez que se intenta adorar a alguien que no es Dios o la persona de Cristo, incluso a un ángel, la reacción inmediata es: *“¡No lo hagas! Es necesario adorar a Dios”* (cf. Ap 19,10; 22,9; Hch 10,25-26; 14,13 ss). Esto es lo que Jesús, en el desierto, recuerda perentoriamente al tentador que le pidió que lo adorara: *“Está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás; sólo a él adorarás”* (Mt 4,10).

La Iglesia ha retomado esta enseñanza, **haciendo de la adoración el acto por excelencia del culto a la latria**, distinta de la llamada *dulia* reservada a los Santos y de la llamada *hiperdulia* reservada a la Santísima Virgen.

La adoración es, por lo tanto, el único acto religioso que no puede ser ofrecido a nadie más en todo el universo, ni siquiera a Virgen María, sino solo a Dios. Aquí es donde reside su dignidad y fuerza únicas.

La adoración (*proskunesis*) al principio indicaba el **gesto material de postrarse de cara al suelo** delante de alguien, como signo de reverencia y sumisión. En este sentido plástico, la palabra todavía se usa en los Evangelios y en el Apocalipsis. En ellos, la persona ante la que uno se postra, en la tierra, es Jesucristo y en la liturgia celestial el Cordero inmolado o el Todopoderoso.

Solo en el diálogo con la samaritana y en **1 Cor 14,25** el término aparece desligado de su significado externo para indicar una **disposición interior del alma hacia Dios**.

Pero, más que el significado y el desarrollo del término, nos interesa saber **en qué consiste y cómo podemos practicar la adoración**.

- La adoración puede prepararse mediante una larga reflexión, pero termina con una intuición que no dura mucho tiempo. **Es como un destello de luz en la noche**. Pero de una luz especial: no tanto la luz de la verdad cuanto la luz de la realidad.
- Es la percepción de la grandeza, la majestad, la belleza, y al mismo tiempo, la bondad de Dios y su presencia. Es una especie de **naufrago en el océano sin fondo de la majestad de Dios**.

Adorar significa, en definitiva, reunirse en unidad y sumergirse en el infinito abismo de Dios. **Una expresión de adoración, más efectiva que cualquier palabra,**

es el silencio. En la Biblia resuena con fuerza la insinuación: “*iSilencio, tierra entera, ante él!*” (Hab 2,20) y: “*iSilencio ante el rostro del Señor!*” (Sof 1, 7).

Cuando “*los sentidos están envueltos en un silencio sin límites y con la ayuda del silencio los recuerdos envejecen*”, dijo un Padre del desierto, entonces **lo único que queda es adorar.**

Adorar -según la maravillosa expresión de San Gregorio Nacianceno- significa elevar a Dios un “*himno de silencio*”. Así como el aire se vuelve más raro cuando uno sube a lo alto de las montañas, así al acercarse a Dios **la palabra debe hacerse más corta**, hasta que finalmente se hace completamente silenciosa y se une en silencio con lo inefable.

Si realmente en la meditación de hoy quieres decir algo para “detener” la mente y evitar que deambule por otros parajes, **es mejor hacerlo con la palabra más corta que existe: Amén, Sí.** Adorar es consentir. **Es dejar que Dios sea Dios.** En este sentido, Jesús se define en el Apocalipsis como “*el Amén*” (cf. Ap 3,14).

¿Pero es la adoración un acto digno del ser humano? ¿No lo humilla y atenta contra su dignidad? ¿Es realmente digno de Dios? ¿Qué tipo de Dios es nuestro Dios si necesita que sus criaturas se inclinen ante él y guarden silencio? ¿Es él, Dios, como uno de esos soberanos orientales que inventaron la adoración para sí mismos?

Es inútil negarlo, **la adoración también implica para las criaturas un aspecto de humillación radical**, un hacerse pequeño, una entrega y sumisión. **La adoración siempre implica un aspecto de sacrificio, una inmolación.** Precisamente así atestigua que Dios es Dios y que nada ni nadie tiene derecho a existir ante él, excepto por gracia suya. Al adorar, uno “libera la verdad que fue prisionera de la injusticia”.

En la adoración se anticipa el regreso de todas las cosas a Dios. Así como el agua encuentra su paz al fluir hacia el mar y el pájaro su alegría al seguir el curso del viento, el adorador encuentra su meta en la adoración.

Adorar a Dios no es, por lo tanto, un deber, una obligación o un privilegio, sino más bien una **necesidad**. ¡El ser humano necesita algo majestuoso para amar y adorar! **Si no, su corazón se vuelve a los ídolos.** No es Dios el que necesita ser adorado, sino el ser humano el que debe adorar. El IV Prefacio Común del *Misal Romano* dice: “*Pues, aunque no necesitas nuestra alabanza, ni nuestras bendiciones te enriquecen, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación, por Cristo, Señor nuestro*”.

La adoración, sin embargo, debe ser libre. Lo que hace que el culto sea digno de Dios y al mismo tiempo digno del ser humano es la libertad, entendida como un impulso alegre, para adorar a Dios como origen y meta de todo.

3. Pistas para el tiempo personal

1. En los días anteriores has tenido tiempo para preguntarte por tus relaciones **contigo** mismo (hijo/a), con **los demás** (hermanos/as), con **el espacio** (cuidador/a) y con **el tiempo** (peregrino/a). Has podido pensar y escribir. Hoy es un día para cultivar tu relación **con Dios** (adorador/a), aunque Él está presente, como fundamento, en todas las relaciones anteriores.
2. Dedicar un tiempo prolongado, en completo silencio, **a la adoración**. Si tu edad y salud te lo permiten, haz un ejercicio de prosternación en tu cuarto, en la capilla o en otro lugar adecuado. Que tu cuerpo toque el suelo, la tierra, para que **tomes conciencia de tu condición de criatura** y te abras humildemente (*humus*) al Misterio de Dios. Si estás haciendo los Ejercicios Espirituales con otros hermanos o hermanas de la misma comunidad, pueden preparar juntos **la exposición al Santísimo** y hacer un tiempo sosegado de oración ante Él.
3. Puedes terminar la mañana orando con el **salmo 15/16**. Pídele al Señor que te conceda la luz de su Espíritu para poner nombre a *“los dioses y señores de la tierra”* (tus ídolos) y, sobre todo, para hacer tuyas las palabras que describen **la experiencia fundamental**: *“El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; / mi suerte está en tu mano: / me ha tocado un lote hermoso, / me encanta mi heredad”*.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF